

Fernando Uriarte

## Aldous Huxley novelista autobiográfico



Aldous Huxley es un «dilettante» típico. Estudió medicina en Eton, pero terminó graduándose en literatura inglesa. Hizo crítica de música y arquitectura; fué leñador y profesor; durante la guerra desempeñó un puesto en la burocracia.

Se inicia en la novela y se consagra como un escritor de originalidad y tendencia sin precedentes. Entre titubeos y aciertos magníficos llega a la cima (o a la sima) de su «Contrapunto»; auto de fe solemne, sátira glacial, confesión disimulada de un hombre atento sobre sí.

Huxley describe en «Contrapunto» toda su varia y rica personalidad; sus posibles sinsos. La disciplina científica le permite disectar su Yo y exponerlo objetivamente, cruelmente: Walter Bidlake, Philips Quarles. Esta crueldad consigo mismo es exacerbada, agudizada, cuando se demora en un tipo al parecer extraño, por ejemplo Dennis Burlap, tipo de intelectual-cínico e hipócrita, don Juan de mujeres sentimentales, pagado de sí mismo, necesitado del halago y la admiración ajena.

¿Se puede conocer tan profundamente el «método» de Dennis Burpal, sin serlo un poco dentro de sí?

Aquí está el peligro. Mr. Huxley, riéndose de parientes y amigos, todos de notable capacidad espiritual, (biólogos,

pintores, músicos y novelistas), llega, proponiéndoselo o no, a la confesión, a la confidencia, a la autobiografía.

«Contrapunto», novela de intelectuales. Inmediatamente se descarga sobre el lector una fuerte responsabilidad; he aquí un hombre que expone la filosofía y el sistema sentimental, las aventuras y querellas de personas que se dedican a exponer estas mismas cosas, succionándolas del prójimo.

«Un pensador serio no debería tener temperamento, no debería tener nervios, no tiene derecho a ser apasionado». Dice el viejo Quarles.

«La compañía de Rampión me deprime un poco, porque él me hace ver el enorme golfo que separa el conocimiento de lo evidente del hecho, de vivirlo efectivamente. Y ¡Oh qué difícil es cruzar este golfo! Ahora me doy cuenta que el verdadero encanto de la vida intelectual—la vida consagrada a la erudición, a las investigaciones científicas, a la filosofía, a la estética—es su facilidad». Esto se declara a sí mismo Philip Quarles en una libreta de apuntes.

Esta substitución de la abrupta realidad por sistemas perfectos y formales seduce a Quarles e irrita a Mark Rampión.

Se ha dicho que este Rampión es nada menos que D. H. Lawrence. Sus declaraciones lo delatan. El libro de Proust es apreciado como una horrible e interminable masturbación mental, y llega a decir que San Francisco de Asís era un pequeño y asqueroso pervertido que se creía demasiado bueno para besar a una mujer y buscaba escalofríos y excitaciones lamiendo a los leprosos.

Huxley tiene presente el título musical de su obra y se apresura a sintonizar la voz contraria, para que haga la apología de San Francisco. Este es Burlap, Dennis Burlap, el que toca a las mujeres «suavemente, pacientemente, con una infinita dulzura descarnada».

Se siente una creciente irritación ante este libro admira-

ble. ¿Quién es el autor en total? ¿Quién le convence? ¿Cuál es su moral?

De momento se deja ver vagamente para ser de nuevo la indiferente balanza de precisión de un laboratorio analítico. A mi parecer la aportación esencial de Huxley no es la ciencia que discurre sutilizada en las investigaciones del viejo Bidlake, ni las filigranas biológicas que el autor deja caer a cada momento. Esto no es más que una novedad. Su óbolo es la actitud científica, la objetividad, la distancia. ¡No emocionarse! He ahí la consigna.

Si se mira los grandes hombres de la literatura europea: Goethe, Walter Scott, Stendhal, Víctor Hugo, Chateaubriand, Balzac, Tolstoy, Dickens, Dostoyewski, Zola, etc., se advierte como primordial la defensa, la preferencia o simplemente el cariño del autor para con sus creaciones. Y a veces el autor no sólo comprende sino acompaña íntimamente a su héroe y se duele o goza con él. Existe en Balzac la observación irónica y enconada del burgués adinerado y la negación de este tipo de hombre. Sin embargo a través de «La Comedia Humana» va separando un mundo de seres atropellados y tristes, que despiertan su compasión.

Toda novela es en algún sentido la apología de alguien que si no representa completamente a su autor por los menos personifica algunos rincones de su ideal.

Todos los personajes de «Contrapunto» son martirizados a su hora. Para todos se tiene la misma comprensión reprobadora, y si Mark Rampión no es criticado nos da la impresión que se le ha tomado con pinzas como a un nervio fino. La mirada penetrante de Huxley no encuentra objeciones para él; es el más potente, el más sano. Le tiene cierta simpatía y le comprende, pero no le sigue.

Aparecen en las páginas de «Contrapunto» las citas más sorprendentes, se dilucidan graves problemas, se discute apasionadamente con elegancia y erudición. Huxley se divierte,

goza de su saber. Llegan al tapete autores varios, problemas opuestos; de todos se dice la última palabra, lo extremado. Y Huxley es uno de los grandes alumnos de la cultura europea; intelectual sin maestros determinados, formados en las mejores bibliotecas, golosos enciclopedistas.

Ortega y Gasset ha intentado sacar de sus conocimientos, de su cultura, una consecuencia; inducir una nueva tendencia de la filosofía y de la vida. Ortega y Gasset es el alumno ejemplar de la cultura. Por desgracia su mariposeo filosófico, su vicio de Espectador inteligente, le han impedido concretar todo su pensamiento en un sistema definitivo. Es muy explicable la volatilidad del pensador español. Ya Américo Castro ha subrayado que el español es medularmente un hombre de acción cualquiera que sea el objeto de su inquietud. Así Ortega sigue «encontrando» panoramas intactos y desnudando efusivamente ideas desconocidas.

Huxley es una capacidad muy parecida entregada a una tarea diferente. Pero es más cómodo e irresponsable.

Huxley sabe, sabe y comprende; y le vemos ahora crucificado con todo su saber sin vivir el hecho como dice su Mark Rampión. Y cae entonces sobre él, el estigma de inutilidad y negación que desprende su novela capital.

Y «Contrapunto» es una novela maestra de técnica y difícil de tema. El autor ha conseguido su intento y nos ofrece todavía mujeres llenas de velocidad, y un crimen sensacional.

Entre las páginas aclara Huxley, por boca de Philip Quarles, algo de su intimidad: «Yo no soy un novelista congénito», dice.

No, se ve que no. Es el más talentoso de los diletantes que pisa la tierra y se ha dedicado a la novela.

Las editoriales chilenas han publicado una parte muy importante de la obra de Huxley: Aquella en que el autor ensaya su tema favorito: Una reunión de personas inteligentes que lo saben todo, discuten siempre y a ratos, con un dejo de

sobriedad e indiferencia, se enamoran. De la desesperación los salva siempre la sentencia y también ¿por qué no? la excelente alimentación.

¿Y de la cultura ¿Quién los salva?

El propio Huxley debe tener sobrado trabajo para no naufragar.

«Después de los Fuegos Artificiales», esa excelente novela, tan excelente como mal traducida, confirma notablemente el caso.

«Apollo, Apollo! Lama Sabachtani» exclama el escritor Milles Fanning. Nos reímos de Milles Fanning; Huxley también se ríe de él, y de manera tan despiadada que hace sospechar un encono personal. Entre risa y risa está planteado el problema. Fanning pide a Apollo que lo inmunice del amor adolescente de Pamela Tara.

En «Crome Yellow» sigue estudiando las maneras de hacer novelas de novelistas, pintores y mujeres freudianas. Y no es el caso del novelista que se decide a hacer un raid o a enardecer a las masas obreras. No. Es el joven que calcula como hará su primera novela; el viejo que habla incansable e inexorablemente de la cultura y el noble que investiga la cuenta diaria de alimentos de sus antepasados. Huxley hace de temas y cosas innegablemente exquisitas pero aburridas para el grueso público, una novela maestra: «Yellow Crome».

El problema del exceso cultural subsiste sin embargo.

Se puede deducir que la cultura cuando se ha convertido en comentario y revisión, estorba a la vida. En todos los planos y oficios se ha hecho últimamente revisión cultural.

Después de considerar la obra de Huxley hasta «Contrapunto» nos parece natural el libro de meditaciones que lleva el título de «Música en la Noche». Nada más fácil para un hombre de su agilidad mental y erudición que el comentario disperso, corto pero riquísimo y esencial sobre los más diversos temas: Beethoven, la luna; el Grecco, la pornografía; el Dante, los placeres; en la Costa Azul, etc..

Con la independencia absoluta de su juicio y cierto barniz irónico muy parecido al de Chesterton y habitual en los escritores ingleses, ha conseguido una perspectiva sobre hechos y autores que discrepa notablemente de las usuales. A veces es irreverente y excesivo. Supone, por ejemplo, que «Una buena dosis de ciencia es el medio más seguro para apresurar la muerte de versos inmortales en los cuales se imparte información en forma sibilina; por ejemplo, en la astronomía rimada de el Dante».

La novela de ideas bastante socorrida últimamente debe concretar una fórmula salvadora, es su misión.

Robert Briffault en «Europa» ha hecho un esfuerzo considerable por dilucidar el problema. Su material novelístico es en extremo interesante, pero Briffault se propuso algo más que una novela y encontró la duda.

Concluimos en que el personaje intelectual ha enriquecido el registro de la novela pero al mismo tiempo ha trasladado a ella todos los problemas inherentes al personaje.

Aldous Huxley es el brillante creador de la novela de ideas; se ha novelado a sí mismo. Pero no basta descubrir el mal. ¿Cuál es la terapéutica? Aquí radica su responsabilidad.